

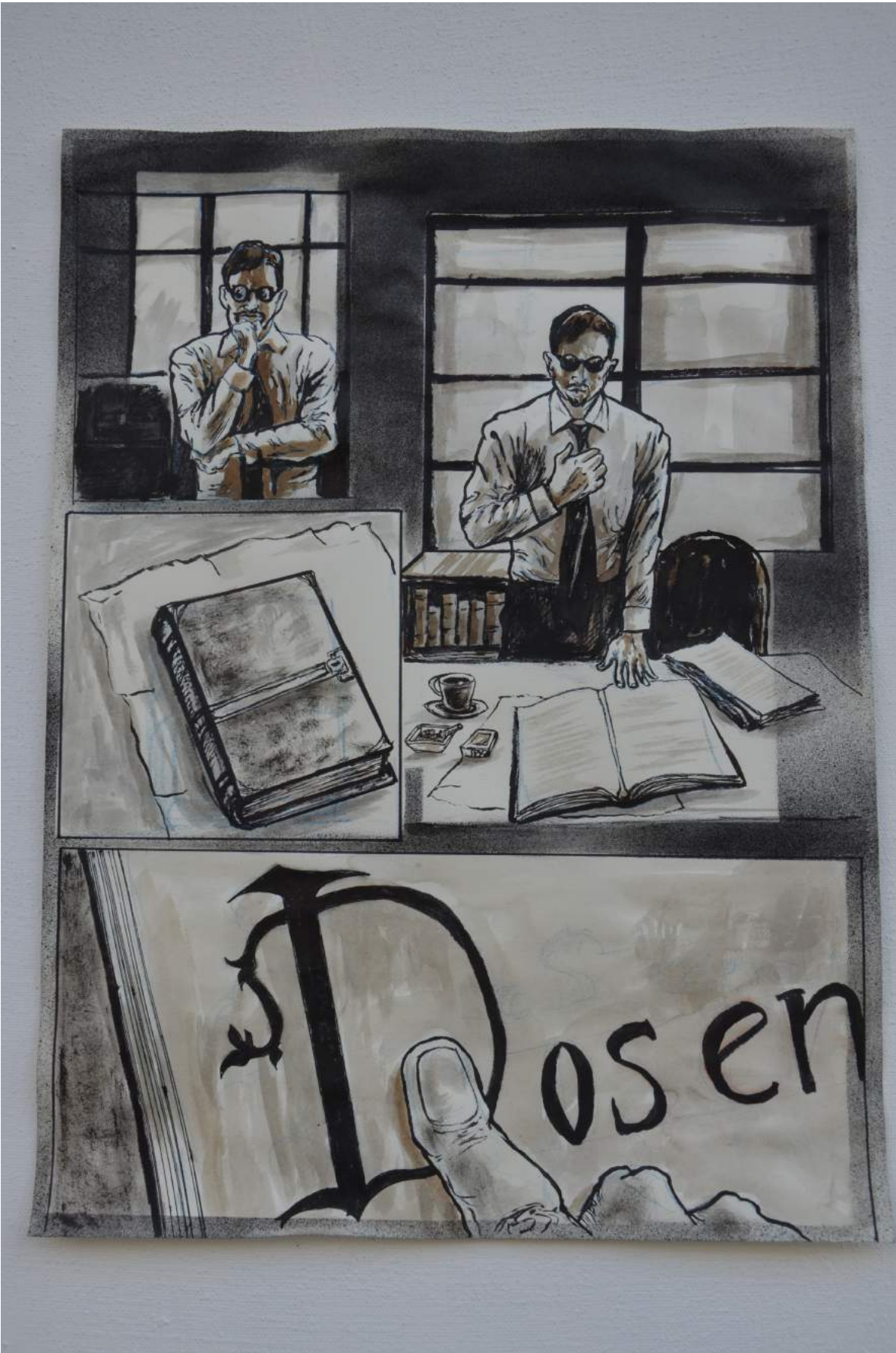
RICARDO CARTAS



DE CÓMO EL CAPITÁN LUJURIA
LE CORTÓ LOS HUEVOS A GUSTAVITO
Y SUS CUERVOS LOS DESAYUNARON
AL AMANECER



editorial









II

¿Por dónde te gusta más?

Pero en realidad la historia inició cuando el Capitán Lujuria abrió los ojos después del estruendo que dejó hecha mierda su biblioteca. Miró los cuerpos del Vaca, el Búho y la Nacha tirados en el piso, cubiertos de polvo. Diana se incorporaba, buscando el cuerpo del Capitán.

-No me había dado cuenta de lo buena que te estás poniendo, ¿puedo invitarte un vodka tónico?

-Pendejo –le contestó Diana, mientras trataba de comprobar si Nú estaba vivo.

-¿Respira? –preguntó Lujuria

El Chale empezó a toser, pero el que no se movía para nada era el Vaca, alumno de Lujuria, echado a perder en poco tiempo por la decepción de la lucha y el trago. Cuando los buitres traicionaron al partido, fue uno de los primeros que emboscaron para dejarle un recuerdito, un balazo en la pierna izquierda que lo había dejado cojo por el resto de su vida. No había noche en que el Vaca no recordara ese rostro sin expresión disparándole. El Búho intentaba respirar, como si hubieran regresado de la muerte.

-Es lo de siempre –dijo el Chale, podrían habernos matado sin ningún problema, pero prefieren dejarnos marcados.

-Déjalo ahí, mañana venimos por el cuerpo –dijo la Nacha al ver que la Vaca ya no reaccionaba.

-¿Seguimos con el plan de separarnos? –preguntó el Búho.

-Tenemos que encontrar a Chuy –dijo Diana, decidida. ¡Ñú!, no puedes dejar a tu hijo con el Negro.

-A ver Diana, debes de saber que no hay quien conozca más al Negro que yo. No es la primera vez que nos enfrentamos. Donde esté el Solitario, seguro estará el Negro.

-¿Y las mujeres? –volvió a preguntar Diana.

-Ahí tienen que estar.

Entre el Búho y la Nacha llevaron el cuerpo de el Vaca a la habitación de Lujuria.

-Hay que avisarle a su hijo

-Espérate a que haya más muertos, apenas estamos empezando.

El Búho le quitó los zapatos al cuerpo y le echó una sábana encima.

-Nos vemos en la desviación federal, antes de llegar al camino de laguna negra. No es conveniente que nos vayamos siguiendo –dijo Ñú.

Lujuria partió con Diana, el Chale y Ñú. Nacha y el Búho se fueron en el 206.

-¿Ya hablaste con tu mamá? –le preguntó Lujuria a Diana ¿Sabías que la conozco?

-¡Qué asco! ¿Te cogiste a mi mamá?

-Tu abuelo fue mi amigo; claro, él era mucho mayor que yo, fue mi maestro en la Universidad.

-Más misterios del abuelo Fausto.

-¿Qué tanto sabes sobre él?

-No mames, yo no lo conocí; sólo sé que mi mamá estaba súper traumada por culpa del abuelo. Siempre la obligaba a hacer cosas hasta que se rebeló y se fue a Tijuana.

-Sí, lo sé. Así eran los comunistas en aquella época.

-¿Tú eras comunista, no?

-Fui, pero después escribí el *Manuscrito encontrado en un basurero de Perisur* donde los hago mierda. Ya te imaginarás la respuesta de los camaradas.

-¿Por qué fueron tan mierdas?

-El mundo siempre ha sido una mierda, por donde le veas.

-Tú no puedes decir eso, eres el Capitán Lujuria, siempre la has pasado bien.

-¿Crees que sea malo?

-Capitán, me estás hablando como si fuera una carmelita descalza; yo creo que la lujuria es muy divertida y no creo que todo el mundo sea una mierda.

-Eres una nietecita sucia.

-¿Podemos pasar a mi casa? Está de paso- dijo Ñú. Tengo que pasar por Concha.

-Sin la Concha no puedo vivir...

-¿Tú sí?

-¿La vas a llevar? –le preguntó Chale sorprendido.

El Capitán se dirigió a la casa de Ñú, mientras seguía platicando con Diana sobre una directora de prepa que fue su novia.

-¿Cuántas te has cogido?

-Eso no se dice, soy un caballero.

-¿Y por dónde te gusta más?

-Por las orejas. ¿Por cierto, sabes qué se ponen las mujeres en las orejas para verse más bonitas?

-Supongo que los aretes

-Nombre, estás verde nietecita, te lo dejo de tarea.

-Ya en serio, dime cuántas.

-No puedo decírtelo

-Cálmate, más bien ni te acuerdas. Y mi mami ¿qué? ¿cómo te la echabas?

-Se fue a vivir a mi casa un rato después de que regresó de Tijuana.

-Fue a ver a Nirvana y se quedó cinco años en el viaje.

-Literal; pero volvió completa. Tu abuelo no la quería ver ni en pintura; pero tampoco podía dejarla tirada, entonces me dijo que la recibiera en mi casa con una sola condición.

-Ya ni me digas.

-Entonces eso responde a tu pregunta ¿me tiré a tu mamá? Pues no. Ganas no me faltaron; estaba igual de buenona que tú.

El mustang de Lujuria se estacionó en el 4913 de la calle Gavilanes. Ñú hizo señas para que lo esperaran. El único que le hizo caso fue el Chale que sólo pensaba en lo mandilón que era Ñú. Lujuria no paraba de hablar, tenía hipnotizada a Diana

con su descripción cuidadosa de sus aventuras sexosas. Cuando Ñú abrió la puerta de su casa, Concha estaba sentada en el sillón que siempre utilizaba para leer.

-Concha, ¿estás bien?

Pero la mujer no contestó, su rostro reflejaba una ausencia total.

-Eso le pasa a las mujeres que abusan de Rulfo –le dijo una voz que se le hacía conocida y que poco a poco se hacía más clara hasta llegar junto a él. Era Fernando G. Barrios, el hombre que manejaba la inteligencia de la ciudad.

En un parpadeo Barrios estaba frente a él, sonriendo con su delgado bigote que lo había acompañado en los últimos setenta años.

-¿Tienes miedo? –le preguntó Barrios a Ñú. No te hagas el fuerte, en este momento tu cuerpo está subiendo de temperatura y tu corazón es el de una quinceañera viendo una jugosa verga ¿aún te siguen emocionando las verguitas, Ñú?

-Me emociona la idea de romperte los huevos.

-El valiente Ñú, por cierto, tu hijo vaya que tiene huevos, ha soportado muy bien los procedimientos.

Ñú no tenía el control de su cuerpo, algo le impedía moverse. Tenía ganas de madrear a Barrios, pero algo lo bloqueaba. Concha y él estaban inmóviles escuchando las palabras de Barrios, el oscuro, el hombre del miedo que paralizaba a cualquiera.

-No sé si en estos momentos tu hijo siga vivo, pero si quieren saber más vayan a la laguna. Vivos o muertos, siempre acaban ahí.

La voz se fue yendo hacia la puerta principal, Ñú ni siquiera pudo seguirlo con la vista. Barrios desapareció. La esposa respiró profundo y después abrazó a Ñú.

-Yo mismo llevé a mi hijo a la muerte...

-Chuy no está muerto...

-Tenemos que ir.

-¿Tampoco te podías mover?

-Eso no es lo peor, viste sus movimientos, parecía que iba flotando. Yo estaba sentada leyendo a Rulfo cuando apareció frente a mí, mostrándome la pantalla de su teléfono. Ahí estaba Chuy, desnudo en un cuarto blanco.

Concha y Ñú salieron de la casa para buscar el Mustang de Lujuria, pero ya no había nadie. Concha descubrió que había una mano recién cercenada envuelta en un guante blanco sobre la acera.

Sacaron el auto y tomaron la carretera federal hacia Laguna Negra. Carreteras angostas, descuidadas, camino al infierno, vía de los marginales, donde andan los que sobran. Nadie mira para ese camino angosto, camino presente del que nadie quiere ser testigo. Las carreteras federales son el túnel por donde siempre huye la mierda.

Oscuridad y silencio. Los arbustos asomándose, árboles de jacarandas que anunciaban la entrada a Laguna Negra, que había quedado deshabitada desde hace cincuenta años, cuando se descubrió que era el lugar en donde el Solitario escondía los cuerpos de los jóvenes desaparecidos. Su oscuridad permitía ir sumergiendo una gran cantidad de cuerpos sin que nadie se dieran cuenta; pero cuando la verdad se

descubrió, después de que el Solitario fuera derrocado, la gente abandonó el lugar. Ñú revisó su teléfono donde seguía la localización de los teléfonos de las mujeres desaparecidas; el mapa estaba plagado de puntos rojos.

-Donde estén ellas, debe estar nuestro hijo –dijo Concha, aunque Ñú sabía que había pocas posibilidades de que aún estuviera vivo.

Estacionaron el auto a unos metros antes de llegar a la zona donde estaban las cabañas. Ñú y Concha caminaron siguiendo un par de pequeñas luces rojas que parpadeaban. Ñú aseguraba que se trataba de un auto. Seguían caminando, con el sigilo suficiente para no ser descubiertos.

-Es el 206 de la Nacha –dijo Ñú, respirando. Afuera estaba recargado el Búho y Nacha, esperando al mustang de Lujuria.

-Aclárame algo –dijo Concha, tomando del brazo a su esposo. ¿Qué quiso decir Barrios con eso de tu entusiasmo por las verguitas?

III

Todos somos Gustavitos culeros

Concha y Nñú fueron por el único camino que había para llegar a la zona de las cabañas. Nacha y el Búho no quisieron avanzar; prefirieron esperar el mustang de Lujuria. Los esposos estaban convencidos de que nunca volverían a ver a Diana, al Chale y a Lujuria.

Éste manejaba, mientras era custodiado por Barrios sin armas. En el asiento de atrás venía el Chale desangrándose y Diana no despegaba la mirada del muñón que poco a poco iba supurando densa sangre. En el rostro de Barrios se podía observar la nada, no había ninguna muestra de que dentro de ese cuerpo hubiera alguna muestra humana, algún sentimiento, algún órgano que le palpitara.

Estos eran los momentos que Barrios más gozaba en la vida, tener a sus víctimas muriéndose de miedo y él sonriendo, dejando en claro quien portaba el poder. En 1971 cuando Lujuria vivía en París y su novela *El gran solitario* fue publicada en Buenos Aires, uno de sus primeros lectores fue Barrios, había sido un regalo de un general argentino. La leyó en un solo día y por la noche se comunicó con Lujuria:

-Capitán, acabo de leer su novela sobre Gustavito, le ha puesto una madriza tremenda.

-¿Quién habla? –preguntó Lujuria, asombrado por el comentario.

-Tu amigo y colega, el capitán Francisco Barrios, jefe de inteligencia de este mugroso rancho.

-No sólo hablo de Gustavo, hablo de todos.

-¡Claro! Eso lo entiendo, todos en un momento dado somos Gustavitos, culeros, feos, tranzas, asesinos y después nos transformamos, nos vamos regenerando, cambiamos de rostro tal y como lo dices en tu novelita; pero por adentro somos los Gustavitos miedosos y culeros.

-Mierda de asesinos...

-¡Por su puesto! Es parte del drama. Le voy a hacer llegar un ejemplar; sé que en el fondo le va a gustar la idea de que un comunista piense en él y le escriba una novela, por cierto donde no se me menciona de forma directa, no es reclamo, que quede bien claro Capitán.

Lujuria manejaba el mustang sin conciencia, los movimientos eran naturales, como un parpadeo, como el latido del corazón. Manejaba y pensaba sobre la rivalidad que había entre el Negro y Barrios. En ese momento Barrios dejó de sonreír, como si hubiera detectado el pensamiento de Lujuria. En una acción incomprensible para Lujuria, Barrios se cambió al asiento trasero y Diana se pasó junto al Capitán, quieta, con su delgado cuerpo. Lujuria revisaba el retrovisor donde se reflejaba la imagen de Barrios, sonriendo, sin parpadear, porque sabía que iba a pasar algo importante. Era una trampa, Lujuria lo sabía.

-Nunca –le contestó Lujuria.

-Yo creo que sí. Tienes cara...

Barrios estaba congelado, sonriendo, mientras que Diana escuchaba concentrada el ritmo del corazón de Lujuria.

-Sé que esto te excita –le dijo Diana, mientras le pasaba la mano sobre el pantalón. Ir manejando tu mustang en la noche con una niña linda, dándote una buena mamada.

Diana se metió toda la verga de Lujuria; él la intentó detener, pero lo único que consiguió fue amarrar el mustang que lo hizo estrellarse con un árbol a la orilla de la carretera. Con el impacto, Diana había destrozado el parabrisas y atrás Barrios seguía sonriendo.

El Chale, intentaba moverse, acercarse al cuerpo de Diana que permanecía inmóvil. Chale bajó del auto, le pidió con urgencia a Lujuria que le abriera la cajuela, pero Lujuria estaba en blanco, sin poder reaccionar. No sabía si todo esto era real, no podía quitarse la imagen de Diana chupándole el pito. Si en algo tenía experiencia era en identificar a las mujeres que sabían dar una buena mamada y la de Diana había sido la mejor que había recibido en su vida. El Chale seguía golpeando la ventanilla para que Lujuria le hiciera caso.

Reaccionó unos segundos después y abrió la cajuela. Lujuria estaba entendiendo lo que estaba pasando y sacó del auto el cuerpo de Barrios que no dejaba de sonreír hasta que comenzó a basquear un líquido negro. El Chale, con su mano sobreviviente, tomó el gato de la cajuela y lo dejó caer en la cabeza de Diana.

IV

Tiene muchas ganas de verte a los ojos

-¿Lo mataste? –le preguntó Lujuria.

-Eso espero, tenemos que cortarle la cabeza...

-No mamen, cómo se la vamos a cortar –dijo Diana

Lujuria fue a la cajuela del Mustang y encontró unas seguetas.

-No es posible que lleguemos a esto –contestó Diana.

-Tú fuiste testigo. Él se metió a tu cuerpo, tú estabas en él, ni siquiera podíamos tener el control, tenemos que cortarle la cabeza, Barrios ya no es humano. Tú lo viste...

-Y te dio una rica mamada –le dijo Diana, burlándose.

-Diana, por favor, a Lujuria se le hizo rico porque estaba pensando que eras tú...

-Si quiere, le puedo dar otra mi querido Capitán –dijo otra vez que no era la de Diana, ni la del Chale, sino de Barrios.

-No puede ser, te digo que hay que cortarle la cabeza.

-Espera, vamos a ver qué nos puede decir.

A un extremo de la carretera estaba un potrero delimitado con unas estacas y alambrado de púas. Entre Diana y Lujuria cortaron la cabeza de Barrios. Estaba como animal rabioso intentando morder lo que estuviera más cerca.

-Tranquilo mi rey, ahora sí vamos a ver de qué estás hecho –le dijo Lujuria, mientras lo insertaba en una de las estacas de la carretera.

-Te ves flaco, pero bien. Siempre has sido un galán, todo un Mauricio Garcés.

-¿Y ese quién es? –preguntó Diana, acomodando la cabeza de Barrios mientras le soltaba un golpe en la cabeza.

-Entonces fue cierto lo de la regeneración de los cuerpos, todo eso que escribiste en el Solitario –le dijo el Chale, mientras volvía a acomodar la cabeza.

-Para nada, yo lo escribí como ficción, para burlarme...

-Este cabrón ya había muerto y míralo, sigue como animal con rabia.

-Ya sé, vamos a contar diez pasos hacia atrás y le tiramos de pedradas, quien le de en los ojos gana.

-No es mala idea, pero aún ciego seguirá en lo suyo. ¿Qué tal si le abrimos la cabeza y dejamos que los cuervos se coman su cerebro...

-¿Les gustará?

-Entonces zopilotes, esos sí están acostumbrados a comerse la mierda.

-¿Qué es lo que quieren saber? –por fin, respondió Barrios.

-¿Dónde estás las mujeres?

-¿Piensan que aún están vivas?

-Los cuerpos muertos apestan.

-Hasta pareces nuevo ¿te acuerdas del 68? No me digas que se olió el olor de esos cuerpos, pero te voy a decir algo, al principio las tuve yo, después me las quitó el Negro y ahora las tiene Gustavito tu solitario. Apenas regresó a la vida y se le antojaban algunas niñas y ¿sabes qué?, tiene muchas ganas de verte a los ojos.

V

Concha le quitó los pantalones

Concha guardó la mano del Chale en el refrigerador para irse después con Ñú a Laguna Negra, pero al darse la vuelta, justo antes de cruzar el umbral, escuchó que algo estaba golpeando la puerta del refrigerador Daewoo. Concha llamó a Ñú para que viniera a observar lo que estaba pasando. Los golpes abrían por breves instantes la puerta. Cuando Ñú llegó a la cocina ella estaba frente a la puerta del refrigerador.

-Concha, espera.

Pero ella estaba abriendo el aparato. Ñú lo impidió.

-¿Estás loca? ¿Qué te pasa?

-Él está ahí

-¿De qué hablas Concha?

- El Negro está ahí metido

-Estás loca

-Pensé que lo había imaginado, pero cuando abrí el Daewoo para meter la mano del Chale, vi sus ojos en el fondo, entre las cavernas del hielo, pero pensé que lo había imaginado. Él me estaba llamando, quería abrir la puerta.

-¡Ábrelo!

-¿Qué dices?

-No sé qué tenga de especial abrir un refrigerador.

Cuando Concha y Ñú decidieron vivir juntos, ella hizo que se llevaran su refrigerador desde que iba a la universidad, cuando aún vivía con su mamá. Su

especial apego nació cuando se lo ganó en una rifa, es lo único que se ha podido ganar en la vida, pero además hizo feliz a su mamá que en ese momento era una moribunda de cáncer que estaba empeñada en provocar esa enfermedad a todo el que se le pusiera enfrente. Era un asunto de familia; su madre también se empeñó a fuerza frustraciones envenenarla.

Toda su familia se convirtió en un ejército de moribundos en donde sólo ella permanecía con vida. Entonces por ese tiempo llegó Sebastián, el amor de su vida, un chico flaco, larguirucho con la mata a la mitad de la espalda y sin ningún futuro. Concha pasó en unos cuantos meses del gusto al amor, después la pasión y al final las ganas de matar. Pero mientras, los dos se daban mucho cariño en la casa de Concha. Mientras su mamá y su abuela se consumían en su enfermedad viendo telenovelas que las metían en tal concentración que eran incapaces de escuchar los ruidos amorosos que provocaban los cuerpos, la humedad de la concha de Concha que se derretía, que estaba convertida en la vagina más dichosa del mundo. Pensaban en todo y el lugar que les permitía ganar unos segundos para subirse los pantalones en caso de que alguna de los dos mujeres se decidiera ir a la cocina por agua. El lugar era la espalda del refrigerador.

El Daewoo los cubría, los ayudaba, era como el tío alcahuete que daba las condiciones necesarias para tener un buen orgasmo. De ahí venía el amor hacia ese refrigerador, porque fue de lo poco bueno que le quedó de aquella época. Después vino la obsesión, los celos y el intento de matarlo, seguirlo por toda la ciudad después de haberlo encontrado en su auto con otra mujer, lo persiguió hasta que la

rabia terminó. Después de esa noche nunca volvió a ver a Sebastián y ella regresó a su casa para enterrar a su abuela, después a su madre junto con los buenos momentos que vivió con Sebastián. Se dio cuenta que estaba en un hoyo, que no lo iba a dejar vivir si no pedía ayuda.

En ese tiempo conoció a Ñú, un chico de su edad que en ese momento estudiaba Sociología, pero que ya había estado en varias licenciaturas antes, Sistemas, Historia del Arte, Literatura, Biología y en ninguna de ellas había soportado más de un año, conseguía los temas que le interesaban y dejaba la banca vacía. Sociología era su nueva calentura y su llegada a esa escuela fue un acontecimiento por lo menos para Concha, ver a un tipo con túnica franciscana y como aureola un acetato amarillo. Para los demás compañeros sólo era motivo de risa. Concha lo siguió como si fuera su aprendiz, observaba sus acciones, las horas que pasaba trabajando en su computadora sin hablar con nadie. Era un hombre tan rutinario que no fallaba ni por un minuto su llegada a la biblioteca central donde pasaba la noche. Cuando no era temporada de exámenes el único que se quedaba después de media noche era Ñú. Concha estaba decidida en que esa noche se iba a presentar y no lo iba a dejar nunca. Casi a las 2 de la mañana Concha se paró de su mesa de la zona de silencio y caminó hacia la comiteca, la sección donde Ñú prefería instalarse. Toda la sección olía tremendo a café. Ñú tenía una cafetera conectada en alguna esquina y lo tomaba directo de la jarra. Concha caminó hasta llegar hacia él, le puso en la mesa dos tortas de queso de puerco y una coca-cola. Ñú la vio de reojo, sin ponerle mucha atención, después Concha se metió debajo de la

mesa, buscó la entrada de la túnica, sonrió al ver que ni siquiera calzones usaba y buscó la verga para metérsela a la boca, sin permiso y sin diálogos románticos. Quería sentir su carne adentro y ella sabía que sus mamadas eran lo mejor, todos sus novios incluido Sebastián ponían los ojos en blanco cada vez que les tocaba mamada. Ñú no podía ser la excepción, empezó a sentir las manos de Concha, sus labios, sus dientes que le mordisqueaban la cabeza de la verga. Ojos en blanco. ¡No mames! ¡No mames! ¡No mames! –repetía Ñú, sin importarle que los guardias de chalequito azul en cualquier momento podían presentarse. Había olvidado el código que estaba desarrollando, sólo pensaba en los millones de espermas que tendría que liberar furiosos, jóvenes cabezones dentro de la boca que se comería a sus pequeños espermas traviosos que recorrerían la tráquea hasta llegar al vientre donde la semilla descansaría. Ñú abrió los ojos. Vio las tortas y le dijo a la extraña:

-Vente a vivir conmigo

Ella aceptó y puso una sola condición, que se pudiera llevar el Daewoo. Ñú guardó silencio, se paró de la silla, quizá preguntándose sobre la salud mental de su próxima pareja; o quizá la propuesta de Concha era improcedente y no veía como buena opción tirar su Whirlpool para que Concha pudiera tener su refrigerador, pero después recordó la forma de mamar de Concha y borró todas las preguntas que se había hecho.

-¿Qué te parece si vivimos con dos refrigeradores? El tuyo puede quedarse en la recámara o donde tú quieras.

Concha se quedó pensativa ¿por qué Ñú se negaba a deshacerse de su refri? ¿Quizá también le traiga un recuerdo? ¿También cogía atrás con muchas mujerzuelas? Después se acordó que estaba completamente sola y aceptó.

De ese Daewoo alcahuete salió el Negro con la mano del Chale.

-¿Es de ustedes? –les preguntó.

El Negro no se veía como siempre, su color albino se había convertido en un morado de prodredumbre.

-Sé que andan en busca de su hijo, yo mismo se lo entregué a Gustavito. Cálmate Ñú, no te pongas valentón conmigo, no te queda.

-¿Saliste de mi refrigerador?

-Vaya, hasta que alguien hace una pregunta inteligente. Creo que en este refri lo único que guardas desde hace años son tus miedos.

Concha en ese momento quiso matar al Negro, pero no pudo mover su cuerpo, lo tenía enfrente, a unos cuantos centímetros pero sólo pudo gritarle en la cara, hacerle llegar su aliento de animal furioso. Cuando pudo respirar, estaba acostada en su cama, descalza, palpó lentamente el piso, sin hacer ruido, se paró en busca del interruptor de la luz. La prendió y escuchó un segundo después unos pasos que huían hacia el jardín. Concha dudaba sobre lo que estaba viviendo, pero tampoco tenía de otra. Si esto era real o parte de una pesadilla no importaba, tenía que seguir. El jardín estaba vacío, pero se escuchaba unos golpes en la compuerta de la cisterna. Alguien estaba ahí, intentaba abrirla para escapar. Concha sabía que era un juego del Negro, en esa cisterna no podía haber nadie, sólo eran sus miedos. Así

que decidió no abrirla, quedarse viendo la portezuela roja levantarse esporádicamente en busca de ayuda. Golpes que poco a poco se hacían más fuertes hasta que la puerta de la cisterna se abrió. Concha estaba esperando lo peor, pero fue una chica la que salió de ahí.

-¿Por qué no me ayudaste? –le reclamó. Aquí abajo estamos todas, aún estamos vivas, ven, tú nos puedes ayudar.

-¿Y Chuy, tú sabes dónde está mi hijo? –le preguntó Concha.

Pero la chica se quedó callada, como si no hubiera escuchado. Después se convirtió en polvo.

Concha despertó y vio el rostro del Negro a centímetros de ella.

-Puedo oler a una perrita miedosa –le dijo, mientras le pasaba la lengua por la boca. A ti te haría muy bien tener un hijo del Negro. Perritas como tú necesitan machos que las carguen, que les llenen el culo de leche.

Concha no supo exactamente qué fue lo que pasó, pero solo sintió una carga de sangre sobre su rostro.

-Ay negrito, tú hablando de leche, por favor, nunca has perdido lo fanfarrón.

Ñú había perdido el miedo, fue él, quien cortó la cabeza con un cuchillo cebollero al Negro y la metió en una bolsa de basura. Tomó de la mano a Concha y subieron al auto.

-Espera –dijo Concha, mientras veía el cuerpo del Negro aún tibio.

-¿Qué vas a hacer? –le preguntó Ñú, que hasta ese momento se había quedado petrificado.

Concha le quitó los pantalones al Negro.

-Mira, no usaba calzones...

-Era un cerdo para todo.

Sin hacer mucho rito, Concha se puso una bolsa de nylon en la mano como si fuera un guante para agarrar la milimétrica verguita del Negro y la cortó.

-¡Dios mío! ¡Qué chiquita! –dijo Concha con cara de asco. ¿Y con eso quería llenar a una perrita miedosa?

Concha le hizo un hoyo en el pellejo, quitó las agujetas de una de las botas negro, ensartó la verguita y se la colgó en el cuello.

-Es nuestra medalla.

Ñú le dio una cachetada en ese momento.

-¿En qué te estás convirtiendo?

-En una perra sin miedo.

-Agarra la federal, no hay de otra.

VI

En el Uber

Lujuria, Diana y el Chale, caminaban a la orilla de la carretera.

-Ya no puedo más –dijo el Chale. Sigán ustedes, cuando se encuentren con Ñú vienen por mi.

-No podemos dejarte aquí.

-¿Y si llamamos un Uber?

-No mames...

-¿Qué? Si hay internet, hay Uber...

-A ver, llámalo, quiero ver si es cierto.

-Mira, dice que está a veinte minutos y viene por nosotros...pero...

-¿Qué?

-No sé, dice que es una pick up y que vienen dos personas.

-¿Entonces es como una especie de Uber campirano colectivo?

-Supongo, pero lo prefiero. Además no tenemos de otra, no vamos a andar arrastrando al Chale por todos lados.

-Yo les entrego la cabeza de Barrios y se van a hacer la pinche revolución.

-No hay de otra, hay que esperar el Uber...

-¿Y Barrios sigue vivo?

-Después de la madriza que le dimos quién sabe, quedó como toalla sanitaria.

-No mames, quedó como placenta de vaca.

-¿Vieron la portada de Mayhem, cuando le dieron el escopetazo y quedó todo embarrado?

-¿Le quedaron dientes?

-No, ¿cómo crees? Fue lo primero que se le cayó.

-¿Y las orejas?

-Le quedó un cachito de una, no se le ve mal.

-Es lo único que se le distingue.

-¿Y si nos dicen que no es Barrios, que puede ser cualquier vagabundo destrozado?

-Ahí viene, espérate.

-¿Ya viste Lujuria? Los pollos...

Sí, tenía como cincuenta pollos en la batea y dos chaparritas prietas buenas en short, una en botas y otra en chanclas. La que venía de copiloto se bajó de inmediato y al ver que eran tres, le dijo a su compañera...

-¿A quién mandamos con los pollos?

-Que se quede aquí la niña y el viejo.

-Él viene herido –dijo Diana.

-Ah, entonces manda al viejo atrás y pásate al tullido aquí junto a la muchachita.

-Oye Britny, no vayas a aplastar esos pollos que nos lo encargaron mucho.

-Diana, voy a iniciar tu viaje ¿está bien? re bien ¿verdad? A esa edad todo está muy bien, después la cosa se cuelga y se pone fea.

-¿Se cuelga y se pone fea? –pensó Lujuria al sentarse en la batea de la camioneta, espantando a los pollos para que le hicieran un lugar donde sentarse.

-¿A dónde los llevamos? –preguntó la chica Uber, esperando el dato para meterlo en el teléfono.

-Laguna negra...

-¿A qué parte?

-Al palacio...

-¿Van a ver a don Gustavito?

-¿Lo conoces?

-Todo el mundo lo conoce de oídas, yo nunca lo he visto. Britny dice que un día lo llevó a su palacio, pero no le creo; ya lleva muchos años muerto; pero también dicen que por eso desaparece tanta chamaca.

-¿Se las come?

-Se las coge y se las come, no sé, para al palacio nadie entra ¿y ustedes a qué van?

-Vamos por las chicas.

-Bueno, pues vamos a iniciar el viaje. Espero que no les moleste pasar a dejar los pollos a unos kilómetros antes.

-¿Entonces tú eres Lujuria y vas a matar a don Gustavito? –le preguntó Britny, espantando a un pollo que se le había subido a las piernas.

-Tienes cara de matón y lujurioso, no pareces escritor, pero ya no se puede matar algo que ya está muerto. Aunque dicen que es como los zombis, aunque

Gustavito parecía zombi desde que nació, bueno, antes tenía otro nombre, cada seis años cambia de nombre, pero Gustavito regresó y con hambre. Usted no me va a creer, pero lo he visto, lo traje a su palacio hace dos semanas. De hecho se comió una de mis orejas. El tipo quiso darme un beso y mira.

-¿Falta mucho? Estos pollos ya me tienen hasta la madre.

-¿Quién es el Don que viene aquí atrás?

-Es Lujuria, es el que lo quiere matar.

-¿Por qué?

-Él lo hizo, escribió la historia del solitario en el palacio y ahora tiene que matarlo.

-¿Él fue?

-Sí, ¿por qué?

-Entonces yo tendría que matarlo.

La chica Uber sacó una magnum del compartimiento de la puerta y sin parar la camioneta le vació la carga en la cabeza al Chale hasta destrozarla, dejando toda la cabina llena de sangre.

Cuando Diana pudo recuperar la vista vio que el cañón de la pistola estaba frente a ella.

-Y ahora vas a ver cómo Britny va con Lujuria entre los pollos ¿te excita? El viejo ese te excita ¿verdad? Britny lo violará y vamos a verlo.

Diana aunque tenía ganas de decirle que Lujuria le daba asco, prefirió guardar silencio, llevar la contra seguramente le costaría la vida.

Britny le hizo chupar los dedos de los pies, Lijuria lo intentaba hacer como si fuera un actor de softporn, pero el desmadre de los pollos, los baches, la mugre en la batea apenas le ayudaban a llevarse a la boca el calloso dedo gordo de la prieta. Cuando le vio las nalgas, abultadas a la perfección, se acordó del célebre poeta chiapaneco ganador del premio Canto del mangle: “Cada vez que te miro se me para, mi corazón se me para”. Cuando la señorita Uber escuchó el verso de inmediato paró la camioneta.

-¡No mames! ¿Escuchaste eso? –le dijo la señorita Uber a Diana sin dejar de apuntarle en la cara.

Atrás, en la batea, todos hasta los pollos se quedaron quietos por unos por unos segundos, hasta que comenzaron a enfilarse, saltando como suicidas hacia el exterior. Britny que ya estaba desnuda comenzó a vomitar hacia fuera de la batea. Lujuria, al ver las nalguitas prietas y paradas de Britny tuvo una erección automática, natural y cual cebú, fue hacia ella. ¡Ole! La banderilla dentro del cuerpo de la bestia y después la corrida láctea adentro.

Tanto Diana como la señorita Uber aceptaron tiempo después que nunca se les había encharcado el coño como en aquella ocasión.

VII

El desayuno

Dos enormes cuervos volaban hacia el balcón principal del palacio.

-Estamos conscientes que puede ser la última vez que estemos juntos –dijo Ñú.

-Yo creo que será la última –contestó Concha. Después se bajó del auto y caminó hacia la puerta central del palacio. No esperó a Ñú; empujó la puerta y se perdió en la oscuridad del túnel. Ñú fue tras ella, pero nunca más pudo verla. Ñú, después caminar por varios minutos en el corredor oscuro del palacio poco a poco fue encontrándose con la luz que lo fue llevando hacia el jardín del Solitario. Las mujeres que habían desaparecido en la ciudad estaban en ese jardín. Imaginó al Solitario jodiéndose a cada una de esas mujeres y entonces Ñú pensó en su hijo. Las mujeres paseaban por los caminos del jardín desnudas, sin ninguna preocupación, jugando entre ellas como si en su alma no hubiera ningún dolor. Al mirar el rostro de las mujeres entendió todo. Su hijo Chuy entró al jardín caminando lento, siguiendo los cuerpos de las mujeres hasta encontrar a su padre. Ñú comenzó a llorar, a descargar toda su furia hasta que llegó Concha para abrazarlos.

Un tiempo después Lujuria y Diana llegaron al Palacio en el Uber. El cuerpo del Chale venía en la batea, junto con los cuerpos de las morenas que habían intentado matarlos.

-Mira en lo que nos hemos convertido –le dijo Diana a Lujuria, mientras hacía un recuento mental de todas las muertes en las que había participado a penas en un solo día.

Lujuria no hizo caso y abrió la puerta del Palacio y le indicó que llevara las cabezas del Negro y de Barrios. Era evidente que no era la primera vez que Lujuria entraba al Palacio, tenía en su memoria cada pasillo, cada puerta que lo llevaría al lugar exacto en donde encontraría al Solitario.

Lujuria abrió la última puerta hasta llegar a un salón en donde había una mesa puesta con tres lugares. Diana vació la bolsa hasta dejar sobre la elegante mesa las cabezas del Negro y Barrios.

-Lujuria, ¿viste a las mujeres en el jardín? ¿Son como los que te gustan? Toma el que quieras, yo ya estoy muy viejo –dijo el Solitario mientras se acercaba a la mesa.

Lujuria caminó hacia él, Gustavito era un anciano indefenso.

-Ya tendrás tiempo de matarme –le dijo el solitario, oliendo el instinto de Lujuria. Ten un poco de paciencia, ya casi amanece, quiero ver la luz antes de irme para siempre. El solitario observó las cabezas de sus hombres y sonrió.

-Te has dado cuenta capitán que tú y yo amamos la sangre.

Los tres permanecieron en silencio hasta que comenzó a entrar la luz. El viejo Solitario no se levantó de su silla. Lujuria fue hacia él, lo estranguló hasta acabar con él. Después el capitán comenzó a bailar con el cuerpo. Diana presenció el baile sin entender nada de lo que estaba viendo. Diana le quitó los pantalones y Lujuria le

cortó los huevos para dejarlos en uno de los platos elegantes. Los enormes cuervos volaron un instante sobre el Palacio, uno era el reflejo del otro. La maldición iba a regresar, pero esa mañana las aves negras llegaron al Palacio a tragar mierda.

Este breve texto no tiene derechos reservados

Está protegido por la ley del karma

Rólalo hasta que se pierda en el infinito

No es de nadie

Febrero de 2017

Las ilustraciones son del máster Fernando Figueraz y el diseño de portada es de Dulce

María Badillo Sánchez